

La Falange no es un partido

Decíamos en nuestro último número, que el Estado de hoy, "a pesar de pasear banderas triunfales con nuestros colores, no es un Estado Nacional-sindicalista"; e igual que en el último número, repetimos hoy que sólo de nosotros puede y debe nacer la fuerza irresistible capaz de realizar la doctrina de la Falange.

De hombres hechos a la política de partido, catalogadores de todas las expresiones políticas en tipos de derecha o izquierda, y, habituados a una visión parcial —de partido— de las ideas y las realidades, es insensato esperar otra cosa que no sea un partido más con sus camarillas y grupitos, dedicados al comercio de intrigas y exclusivismos. Y porque en muchos lugares así ha sido y sigue siendo todavía, el Estado no puede aceptar más que en apariencia a la Falange, porque tan sólo en apariencia es Falange si no es capaz de encauzar hacia ella todos los problemas que tenga planteados el pueblo español.

A nosotros, con el inmenso dolor de la lentitud, la zozobra de la impaciencia y el optimismo y alegría de la fe y la esperanza, no nos corresponde otra misión que reajustar nuestras escuadras; que ir desentrañando y entendiendo cada día mejor el verdadero sentido de la Falange, e ir señalando a toda la juventud los errores y defectos de "esa apariencia" de hoy para que el día que se efectúe el relevo prometido podamos ofrecer a España la plenitud de nuestro Movimiento.

La Falange no viene llevando —glosamos el discurso reciente de Arrese— un programa político de soluciones concretas, porque no viene tan sólo a construir un puente, aumentar unos sueldos y realizar una reforma agraria; puentes, aumentos y reforma que podrían ser justos o injustos, pero que defenderían tan sólo a una parte de la nación; y, puente, aumentos y reforma que una vez logrados dejarían sin vida a la Falange y habría que inventar otro programa y otros entes que lo sirvieran, con las luchas que la nueva invención traería consigo. La Falange desde el discurso fundacional de José Antonio hasta el último de Arrese, se nos afirma, no como un partido, sino más bien como un antipartido, como contra todos los partidos, escisiones y divisiones que pueden poner en peligro lo más caro de un pueblo: su Unidad.

Por eso la única dogmática de la Falange son las verdades permanentes; verdades que por ser

tales, no tan sólo pueden, sino que deben ser aceptadas por todos. Y, como no creemos en la omniscencia humana y sabemos muy bien que la razón de los hombres está propensa al error, por eso aceptamos para cada solución concreta que exija la realidad política, todos los criterios y opiniones. Este es el sentido de las "Cortes españolas", y éstas es la alta misión de la Falange: nutrir en todo momento al Estado de la adecuada dirección política. Lo que no puede hacer jamás la Falange es encasillar al Estado con un programa de soluciones que le hagan inservible para la realidad cotidiana, porque entonces, o el Estado tendría que salirse del encasillado y ahondar los problemas sin una auténtica ambición histórica, o los problemas quedarían sin resolver hasta que su propio peso diese al traste con el Estado.

Ahora bien, para lograr eso es imprescindible, es absolutamente necesario que tampoco se encasille a sí misma la Falange; ya que, repetimos, es la que debe infundir al Estado la agilidad que siempre ella ha tenido para adoptar en cada momento la postura que el supremo interés de la Patria requiere, y, descubrir en cada momento los nuevos horizontes que los acontecimientos ofrezcan. Porque eso debe quedar bien claro, camaradas. No formamos —los que por propio impulso y con noble afán hemos vestido una camisa azul—, no formamos digo, un grupo privilegiado que se lanza a la conquista del Estado para servir su interés y para dar expansión a sus pasiones. La Falange no puede ni debe servir a sus hombres, sino que la misión que le incumbe es la de servir a la totalidad de la Patria, al destino de España; y el Estado no puede ser otra cosa que el instrumento al servicio de ese supremo destino.

Sublime sino es el nuestro, camaradas. Todo el mundo se apresura a poner dificultades a nuestro avance, y nosotros, cuando tras dura lucha vamos vendiéndolas, debemos reprimir la hosquedad y extirpar de nuestras entrañas todo el odio que pudiera haber nacido en el combate para entregar el botín del mismo, no a nosotros que lo hemos ganado, sino a España, a todos los españoles, incluso a los que nos atacan. Triste sino el de nuestra Falange que debe responder siempre con la verdad a la mentira, con la bondad a la maldad y con el amor al odio que se le tributa por doquier. Triste sino, si no ahogáramos la tristeza con la inmensa alegría de servir a España.